

# Un autor que emerge: Martín Recuerda

Su obra "Las arrecogías del beaterio de Santa María Egipciaca"

José Martín Recuerda: un autor calvario. Uno de esos españoles que tienen que sufrir mil incomprendimientos, mil retrasos, mil desdenes en una carrera para la que tiene vocación. Y los sufre con fe. Uno de esos españoles a los que el extranjero reconoce antes que su difícil patria. Ahora va a estrenar, en los primeros días de febrero, una obra de ya larga historia, "Las arrecogías del beaterio de Santa María Egipciaca", una obra cuya historia nos cuenta el propio Martín Recuerda:

—Fue terminada de escribir en mil novecientos setenta. Se presentó a censura en mil novecientos setenta y uno. Estuvo detenida bajo la ley del silencio administrativo durante casi cinco años. Se publicó por primera vez en la revista "Primer Acto" en mil novecientos setenta y cuatro. Un año más tarde la publicó el Instituto de Cultura de la Diputación Provincial de Málaga... Hoy la está dirigiendo Adolfo Marsillach, rodeado de un equipo que creo que conseguirá, por su gran seriedad en el trabajo, reflejar los posibles valores dramáticos que pueda tener mi obra.

Una obra que ha tardado siete años en realizarse en un escenario...

¿Pero quién es Martín Recuerda? Dialogando con él, en una conversación tranquila, vamos construyendo su silueta, su imagen.

—Está usted acusado de ser inconformista...

—No me lo he propuesto jamás. Inconformista me hicieron los demás. He querido siempre escribir teatro español sin símbolos, sin claves, sin abstracciones y demás zarandajas encubridoras, sino de una manera muy directa, muy a la española, con un amplio y profundo sentido de lo ibérico, no exento de violencia, esperanza, rebelión, pasión, acción, crítica, burla..., yéndome en busca de lo que pudiera ser España. Este ha sido mi pecado. Pecado con expiación. Esa España que tanto me ha zarandeado, desconcertado, humillado y herido, hasta el punto de que, con todo mi dolor, he tenido que huir de mi país en busca de otros horizontes que me permitieran la creación dramática con entera libertad. He ido en busca de una libertad que poca tuve en mi tierra para encontrarme, casi en el exilio, como una persona marcada por la no libertad que un país extranjero nos pueda dar, por muy demócrata que ese país sea. Todo por eso: por querer escribir teatro español. Este teatro que tiene las raíces más hondas en nuestras crónicas y en nuestros poemas medievales, en la Celestina, en el Romancero, en Lope de Vega, y llega hasta un martinete o una soleá anónima de aquellas que cantaba Juan Breva o la Niña de los Peines.

Tocamos una raíz de Martín Recuerda: Andalucía, Granada, su Granada...

—Creo que por mi teatro pasa y ha pasado la fiesta andaluza, que sobrevive en mí desde mi niñez con sus colores ardientes, sus soles devorantes, sus arenas de fuego, sus abanicos alpujarreños, sus paletos con traje de feria... Pasa todo un mundo de granadinos nostálgicos, temerosos de la soledad y de la muerte;

granadinos que al mismo tiempo funden la sexualidad con lo místico, que saben que amar es morir en el amante. Por eso las hembras de mis obras apenas quieren enamorarse, porque saben que les espera la muerte. Ha pasado también un mundo de malagueños playeros y bravucos; el mundo de rafaeros cordobeses y el de Sevilla, perdida en su alegría; sin olvidar Almería, Huelva y Jaén, hermanas todas de los atributos místicos y sexuales de las otras, donde el canto "jondo" suena en tabernas menos pensadas, y menos pensado también es quien lo canta. Una Andalucía con reminiscencias judaicas y moras, una Andalucía de rebeldes republicanos y anarquistas, de emigrantes que no emigran porque llevan dentro todos los sentires de esta Andalucía: sentires que los arrastran al regreso.

En esa Andalucía ha formado Martín Recuerda su mundo dramático y su vivencia personal.

—En ella he visto, siendo un niño, los ojos abiertos de un fusilado, tirado en un camino, en nuestra guerra civil... He conocido a nuestras enamoradas en el otoño de su vida y apedreadas por esa causa. He conocido a católicos o gente llamándose católica hartándose de robar hasta las flores de los altares de la iglesia de mi tierra. He conocido a matones de mis pueblos andaluces que, siendo pocas las casas de prostitución, han tenido que saltar y violar lo mismo a extranjeras que a coristas que llegaban a los viejos teatros. He visto a emigrantes granadinos volver de la emigración hechos fieras, ansiosos de venganza y de preguntar a los que se quedaron: "¿Pero qué habéis hecho de mí y de los míos?" He visto encerrarse a las mujeres de mi tierra en la catedral que mandara construir Carlos V pidiendo la libertad para sus hijos y maridos. Mujeres que han preguntado por su hombre y han llegado a desafiar a la justicia, sin importarles para nada un balazo en las entrañas. Si todo esto y mucho más he visto, ¿cómo quieres que sea mi teatro? ¿Cómo quieres que sea mi ideología? ¿Cómo quieres que sienta y piense este granadino?

—¿Cómo estas vivencias, estos testimonios, los has transportado al teatro?

—Para escribir sobre todo este mundo he sacrificado mucho, he luchado en un ambiente contradictorio que me ha querido hacer ver que todo lo que he visto es mentira. Han querido sembrar la incredulidad y la desconfianza en mí. Me han querido convertir en una víctima más de mi mundo. Me han denunciado y calumniado. Mis denuncias... Mis denuncias no han sido publicitarias con el fin de ganarme adeptos. Me ha bastado mi rincón. Y en este rincón, la espera de que llegue el misterio de la creación dramática. Pero he luchado por encima de todo. He renunciado en el silencio. Ahora me hago la pregunta siguiente: ¿Qué son de mis años robados o perdidos? ¿Quién me devuelve ahora a mí y a los de mi generación todos los años perdidos? No nos hemos sometido a lo que quería un sistema. Ni a unos dirigentes políticos o empresariales que han

conducido a nuestro teatro a la pobreza en que se encuentra. No hemos querido que nuestro teatro sea para nosotros un refugio de frustrados. Por eso hemos seguido en la lucha y acá estamos de nuevo.

—Ahora las circunstancias del país son diferentes, nuevas. ¿Cómo las aprecia usted, tan sensible al exterior?

—Al autor de hoy se le exige que indague en las raíces de este desconcierto evolutivo que intenta caminar hacia una democracia; eso es lo que yo intento hacer; pero como ese intento evolutivo existía ya en el país hace años, el proceso de mis obras—que no han podido verse hasta ahora en ningún escenario—no ha podido contribuir a aliviar el desconcierto, la evolución y los males que esta sociedad padece, resultando, a mi juicio, que nos encontramos con una sociedad no preparada para recibir un arte dramático hondamente español, con todas las consecuencias que este arte dramático lleva en sí. Mejor que sociedad no preparada debería decir sociedad deformada. El pueblo español en estos días de mil novecientos setenta y siete creo que queda aislado del resto de Europa y los pueblos de Occidente, como un pueblo que no ha visto claro su destino. Los grandes maestros de la dramática occidental y oriental han buscado la liberación del hombre por medio de sus obras, conduciendo el pensamiento humano a unos fuerzas interiores que pueden ser liberadoras, empleando el rito, la danza, la música y, en realidad, todo lo que arranca de las fuerzas de la naturaleza o de la relación de estas fuerzas con la vida y la muerte del hombre. Por medio de cualquier signo dramático que arranque de la tierra, el actor y el espectador se encuentran hermanados, tendiendo a una unión purificadora.

—¿Y cómo se refleja todo ello en la obra que estrena usted ahora?

—He intentado que aparezca todo ello en "Las arrecogías del beaterio de Santa María Egipciaca". Los más recientes historiadores dan clara idea de que en los siglos XIX y XX España se desangró en permanentes guerras civiles, sin lograr su conciencia de unión, despertándose, sobre todo en la primera mitad del siglo XX, una conciencia liberal surgida de las entrañas del pueblo. "Las arrecogías" son una de las primeras víctimas españolas que dieron su sangre por aferrarse a esa conciencia liberal. Esto es, o que he querido contar en mi obra: un canto de libertad y un pedir ante las víctimas sacrificadas un deseo de comprensión y amor.

Comprensión y amor son las últimas palabras de nuestra conversación con Martín Recuerda: bellas palabras para un autor que emerge de una larga noche y que puede y debe darnos lo mejor de sí mismo. Todos lo necesitamos.

ANGEL

